

—Dicen que han inventado unos coches que andan sin caballos.
—(Los autos).

Como había ya muchos testimonios de ellos, nadie disentía. Pero al hablar de los problemas aéreos, que también se discutían mucho, la reprobación era general.

—¡Ah! Eso sí que no podrá ser nunca. Porque dirección en el espacio, ¿cómo? Punto de apoyo; ¿dónde?

Y al que se hubiera permitido afirmarlo, seguramente que le hubiéramos hecho en la misma entrada del aula un auto de fe.

¡Oh! ¡Si hace varios siglos, un australiano, por haber alcanzado su país nuestra actual cultura, hubiera aterrizado un día en la plaza de nuestro pueblo...!

—¡Ira de Dios! ¿Qué es eso que baja por los aires con fragor de inusitado torbellino?

Y él, descendiendo de su aparato y acercándose a nosotros nos hubiera dicho sonriente:

—Os traigo un saludo de mi patria...

—¡Vade retro, Satanás!

—Os traigo...

—¡Que vade retro! Bien has desfigurado el palo de tu escoba, pero no te nos escaparás. ¡Al tueste!

Y lo tostamos. ¡Vaya si lo tostamos!

Dicen que la Historia se repite, y eso sí que pueden considerarlo ustedes como una gran verdad. Pues ¿qué fué Alejandro? Persia. Pues ¿qué fué Roma? Alejandro. Pues ¿qué fué Carlomagno? Roma. Pues ¿qué fué Damasco? Carlomagno. Pues ¿qué fué Turquía? Damasco. Pues ¿qué fué Carlos V? Turquía. Pues ¿qué fué Napoleón..?

Y como esta repetición ha de considerarse en todos los aspectos imagínense ustedes cómo recibirían los contemporáneos de Colón sus atrevidas afirmaciones:—Ese tío está loco.—Imagínense ustedes cómo recibirían los contemporáneos de Galileo sus atrevidas afirmaciones:—Ese tío está loco.—Y así, las de cuantos vienen a perturbar las tranquilas digestiones de los que habitamos en estas mundanas latitudes. Pero la posteridad, que es la que enjuicia con acierto, sabe hacer de un loco, un cuerdo, y de muchos cuerdos, un Miraflores (1).

La clase ha terminado.

VICENTE NERIA

(1) Manicomio de Sevilla.

Versos Dedicados

I.—Fray Can.

Para E. Di Cesare, italiano.

Cómo nos miente el roquedo
que sobresale en tu cara
con florillas de escobedo
y lanceolas de jara.

Pero tu monte depara
tierno musgo y aire ledó,
y donde quiera abre un fredo
chortal que mana agua clara.

Aquí al almendro es de ver
hermano; en él, a la hermana
oropéndola anidar,

mientras gime franciscana:
«Fray Can no sabe coser...
Fray Can no sabe rezar...»

II.—Un luar en un soneto.

Para J. A. Martins, portugués.

Si no saben hablar en tus vocales,
cómo llegarse a ti nuestros donceles
a pedir una flor de tus vergeles
o una gota de miel de tus panales?

Pero ya desgarró Nuno González
el pudor de tu luz con sus pinceles,
y Junqueiro, tañendo sus rabeles,
preludió tus querencias pastorales.

Eso, Alfredo, eres tú: acorde henchido
de luz y amor, que es suma teología
adentro de tu ser, y en tu sentido

vibración de saudosa melodía.
Eso entiende el doncel, cuando tú labras
el trémolo luar de tus palabras.

III.—Quieta ese afán.

Para S. González, español.

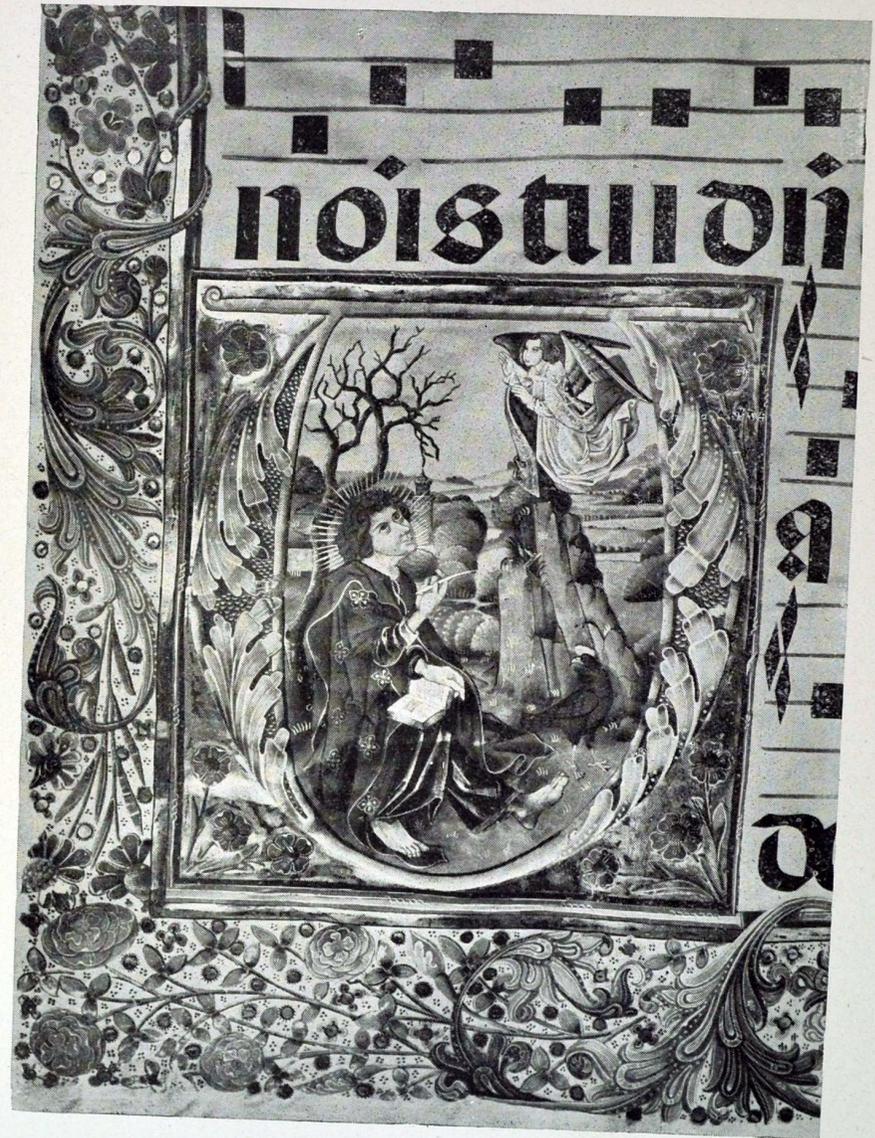
Esa afición normanda en correría
no se sabe calmar. Aliñar quiere
las vides entre olmos de Falerno,
libar en Jonia cítisos en flor,

redes trenzar en playas galileas,
acotar fueros juzgos, los concordos
números compasar, echar al viento
la de la voz columba mensajera.

Columba que a la barca vuelve siempre,
trayéndonos mensaje de agua sola,
porque no encuentra el lauro ni el olivo.

Quieta ese afán normando y determina
zarzos entretejer y canastillos
con mimbre, a las orillas del Guadiana.

JOAQUIN REGODON MARIN



ALBUM EXTREMENO.—Monasterio de Guadalupe: Miniatura de un cantoral. (Fcto Más)